Ana Prieto Nadal

Todo un Humphrey

—*Me desprecias, ¿verdad, Rick?*

—*Si llegara a pensar en ti, probablemente sí.*

Diálogo extraído de la película *Casablanca*

Se trataba de una criatura fisonómicamente marcada por la excentricidad y la fantasía. Se llamaba Emilio y era profesor de música en un instituto de secundaria de Barcelona. Sus compañeros parecían respetarlo, aunque lo sufrían en silencio. Los alumnos, cándidos receptáculos, habían sabido superar su primera reacción de estupor y rechazo hacia el hombrecillo para pasar a asimilar con adhesión enfervorizada la vehemencia y la ostentosa interdisciplinariedad de su discurso.

Era algo contrahecho, con una sutil joroba bajo la nuca, y una papada de bocio. Tenía los ojos azules y saltones, y los labios exageradamente carnosos y prominentes, relieve bestial en un perfil improbable. Era de carrillos muy abultados, y las arrugas socavaban su rostro todavía joven y, en un juego de planos indescriptible, le conferían una cualidad escultórica de sátiro imberbe. Cuando sonreía, el rostro se le apaisaba en una mueca excesiva y dolorosa para quien la contemplaba, y dos surcos hendían la carne, entre la queja y la condescendencia. Su cara parecía un himno a la tridimensionalidad. Era en sus quehaceres escrupuloso y sistemático; estaba muy bien afianzado en un orden impoluto y algo impostado, imprescindible para su supervivencia. Iba impecablemente limpio, casi

siempre enfundado en una camisa azul claro de colegial y pantalones oscuros de tela. Olía a champú y a colonia suave. El uniforme del burgués para la fisonomía menos gregaria que pueda imaginarse.

En homenaje al Bogart perdonavidas de *Casablanca*—no había nadie en el instituto que no supiera que ése era su gran mito cinematográfico: en el rincón de seminario que le correspondía tenía todo un armario empapelado con carteles y fotogramas de la película—, llevaba sobre la americana gris una gabardina del mismo color, que no se quitaba ni siquiera para entrar a clase. Su pelo color zanahoria, su cuello hinchado asomando sobre tan impecable y recurrente vestuario, las solapas de la gabardina levantadas hacían estallar a los alumnos en silbidos de admirativa socarronería. Solía empezar sus clases con la frase que Rick le dirigía a Renault al final de la película: “Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad.” Formaba parte del ritual.

La primera vez que lo vio, en la sala de profesores, a Julia, la nueva profesora de matemáticas, le pareció un auténtico prodigio de fealdad y rareza, y no pudo evitar sentirse atraída por él. Lo cierto es que siempre le habían gustado los hombres de facciones muy marcadas. Dentro de su moderado esnobismo, le seducía más lo asimétrico y desmandado que la armonía apolínea de los efebos.

Emilio era una máquina de hablar, de enumerar actos y referencias culturales. Óperas en el Liceo, estrenos teatrales y en cartelera, novedades literarias, clásicos de hoy y de siempre. En los descansos, entre clase y clase o a la hora del recreo, solía vérselo aferrado a un periódico en la sala de profesores, o perorando ante un grupo entre extasiado y guasón de alumnos. Tenía una opinión

formada acerca de cualquier cosa. Podía hacer largas disertaciones acerca de la importancia de comer fruta por la mañana, y argumentar prolijamente el deterioro de la calidad de los productos de la tierra. Todas las mañanas llevaba al instituto una pieza de fruta que devoraba después del bocadillo a su manera espectacular, para no contradecir la grandeza de sus rasgos. Julia esperaba gozosa el momento en que se disponía a desenvolver el bocadillo y a mordisquearlo coordinando boca, labios y dientes en un trajín fragoroso y soberbio. Y luego la fruta.

Emilio era un hombre respetable, integrado. Una de las cosas que más odiaba en el mundo eran los marginados, los asociales. Él no sabía estar solo. El ser humano no ha sido creado para estar solo. Le parecían mezquinas aquellas gentes que evitaban el contacto con sus semejantes, los que no hacían el menor esfuerzo por relacionarse, por compartir sus afanes, sus anhelos, sus pequeñas desgracias cotidianas. Él siempre procuraba hacer partícipes a los demás de sus hallazgos y sus inquietudes. Así, por ejemplo, en el instituto tenía una particular fijación por fotocopiar aquellos artículos de la prensa diaria que le parecían más atractivos y depositarlos en los casilleros de todos y cada uno de los profesores del centro, e incluso guardaba una copia para conserjes y administrativos. Si había ido al cine o al teatro, se encargaba de que nadie pudiera ignorarlo y de proporcionar a todo aquel que le saliera al paso argumentos en pro o en contra del espectáculo en cuestión: acompañaba las críticas favorables con gestos ampulosos y exclamaciones enfáticas y guturales; las desfavorables, las despachaba con un par de frases despectivas y un eslogan vehemente que resumiera el fiasco. De vez en cuando, si consideraba que había sido ocurrente o atinado o subversivo, prorrumpía en una risa bronca y chillona a un tiempo, salpicada de comentarios jocosos y

estentóreas carcajadas. No se daba cuenta de que ese saco de palabras y posturas en que se convertía por momentos colisionaba frontalmente con el ideal de hombre—lacónico y misterioso—que él mismo preconizaba bajo una inoperante gabardina.

Por eso, porque ambicionaba ser un hombre respetable e integrado, y a despecho de su particular físico, para Emilio era de suma importancia y significación tener una mujer, esto es, disponer de un objeto de inserción social. Una mujer constituye una posesión socialmente integradora. A Encarna, su mujer, ya no la deseaba como antes, y lo cierto era que, muy en el fondo y por lo bajo, quererla le costaba. Y no sólo eso: despreciaba profundamente el apego de la mujer, de su mujer y de las mujeres en general, por todo lo material. Ello no impedía que Emilio—inconfesadamente, claro, porque, además de mujer, tenía una reputación que mantener—adorara su casa, esto es, la casa de Encarna, donde hacía ya siete años que vivía y donde, desde hacía tres, vivía también Pablito, su encantador retoño, y se congratulara asimismo por lo bien que había hecho las cosas. Él era un gran compañero—no marido, porque no estaba casado: el matrimonio era una institución añeja, trasnochada—, un compañero de lo más deseable: hacía cuanto era necesario.

A su manera, Emilio se las daba de duro. Frente a una sociedad muy feminizada, regida por reglas de protocolo eminentemente femeniles e inhibitorias, Emilio quería volver a un discurso masculino, politizado, con la atención dirigida al mundo exterior. El protocolo que a él le gustaba era el de traje y corbata, los puros habanos y las conversaciones de sobremesa sobre cuestiones de actualidad, arte y literatura. Largo y tendido habló de todo esto y de tantas cosas más con Julia, la

única profesora del centro a quien lograba interesar, y que, por su parte, apenas lo escuchaba, pendiente tan sólo del trabajo de los maxilares del hombre y de las mudanzas de su rostro en la regurgitación del discurso.

Julia estaba sola y tenía un amplio sentido de la libertad personal y de la camaradería. Era una mujer de certezas matemáticas y, por lo demás, bastante impresionable. Era sencillo y hasta divertido apabullarla con perlas filosóficas, literarias y musicales, en un aluvión de citas, títulos y aforismos. El secreto estaba en mostrarse seguro. Emilio se tomó unas cuantas molestias para conmovérsela, en una sobreactuación que, más que enternecedora, resultaba grotesca. Él era un tipo seguro—en esa seguridad cifraba su éxito—, y ella una chica apocada sin más bagaje que un montón de fórmulas y unas oposiciones ganadas. Estaba falta de verdades metafísicas, pero él iba a llenar ese vacío de contenidos. Heterodoxos, acrisolados, amenos.

Todo empezó con las sonrisas y las bromas en los pasillos y en la sala de profesores, con el tráfico de artículos y libros, con los cafés después de las clases. Un día fue una insinuación de caricia, y al otro una confesión. Apuntes de intimidad, presagios o trazas de una relación, de una incipiente aventura. Es así como se gestan estas cosas, ¿no es cierto?

A partir de un determinado momento, previsto ya al principio de todo este proceso, Julia accedió a recibirlo algunas tardes en su casa. Este ritual, concentrado de preferencia en una rutina de miércoles y viernes alternos, se prolongó cerca de año y medio. No suponía un gran trabajo: poco más de media hora a la semana. Julia había acogido primero con entusiasmo su rareza física y su arsenal

informativo; luego, a medida que iban ganando terreno el hastío y la decepción, había pasado a tolerarlo a duras penas. Emilio llegaba a casa de su segunda, la otra, su querida, su concubina—términos que secretamente le gustaba manejar en relación a Julia—colgándose medallas, felicitándose por su audacia de héroe amante. Que si su vida era tan complicada y cansina, que si tenía que sortear todo tipo de obstáculos: los compañeros del trabajo, la comida con la mujer, el compromiso doméstico y paterno. La relación, por decirlo de algún modo, que mantuvieron Julia y Emilio distaba mucho, muchísimo, estaba a años luz de ser una historia pasional. A decir verdad, cada vez más iba convirtiéndose en un monumento a la incomunicación y a la mediocridad.

Los raros sábados en que podía escaparse, porque su mujer había quedado para comer con sus amigas de tai chi o por alguna otra razón, Emilio citaba a Julia en algún restaurante, y entonces aprovechaba para vestir más atildado, con traje, camisa blanca y corbata o pajarita, e, incluso—los días en que se sentía más audaz y corroborado en su masculinidad de amante clandestino y guapetón—con un sombrero años cuarenta, a juego con la infaltable gabardina y que, convenientemente inclinado sobre la frente, le ensombrecía el rostro. Pedía los platos que él comprendía que eran los más succulentos y se las daba de experto en vinos. Hacía guiños y bromas al camarero, y después del café, junto con la copita de coñac, blandía solemne y ceremonioso un habano, lo mordisqueaba ejercitando fenomenalmente su quijada y procedía a fumárselo. Creyendo intuir que, en el fondo, el tipo psicológico por el que Julia sentía debilidad era el del duro insobornable, el galán atento a los rituales de seducción y el machista impenitente.

A las mujeres—se decía Emilio—, aun cuando no lo confiesen, les van los tipos duros. “Las mujeres son muy simples”, le hacía notar el espectro de Bogart a Woody Allen en *Play it again, Sam*. “No hay ninguna que no comprenda una bofetada en la boca o una bala del 45.”

Lo que Emilio parecía no comprender es que, en un imaginario mítico que privilegiaba a Bogart como fetiche por excelencia de la virilidad, no tenían cabida los sucedáneos. Porque no se podía ser Bogart sin renunciar a una imagen humanizada con un punto de afabilidad convenida. Todos lo sabemos, no cualquiera es capaz de cinismo y despego en sentido estricto. No cualquiera desprecia hasta tal punto la vida y los visajes de los humanos como esa impresión sobre celuloide que es el Rick de *Casablanca*. No se puede tener todo.

Casablanca no es sólo una película; es un estado de ánimo. Un referente de hombría. Pasaje al mito de una virilidad sin contraste. Estaba claro que Emilio era incapaz de calibrar el desajuste entre esa ensoñación del intelecto y la cruda realidad, entre las facciones armoniosamente curtidas del exiliado en Casablanca y su propia burda caracterización facial.

En realidad, lo que a Julia más le fascinaba y al mismo tiempo le repelía de Emilio era la vulgaridad a la que éste se adhería con la feroz desesperación de una lapa—o de un suicida inconfeso—, el tesón con que se esforzaba por aparentar una normalidad y, sobre todo, una virilidad que era imposible que poseyera. Sus cauces, su manera de descollar no podían ser los mismos que para los demás: esa repetición de gestos manidos, esa prosaica sumisión a los engranajes culturales,

esa exhibición de un intelectualismo barato pero exhaustivo que además hacía demasiado patentes las largas horas de rumia y composición ante el espejo.

Por una parte, se las daba de hombre duro; por otra, pretendía que era bueno y comprensivo. No confundir con caritativo: la idea de la caridad le disgustaba profundamente, como la del matrimonio. Era crítico con la iglesia y con toda forma de explotación y demagogia. Le habría gustado ser un hombre de pasado oscuro y contestatario, abanderado de las causas justas a la vez que púdico encubridor de su propia nobleza intrínseca, de su compromiso.

Evitaba, en la medida de lo posible, las peleas. Era denigrante emprenderla a gritos y malas palabras, no digamos ya a golpes. Si su mujer estaba triste, porque tenía problemas en el trabajo o con sus amistades, o porque tenía una crisis existencial o porque ya no se encontraba atractiva, él se jactaba de saber consolarla, y de pasarle una mano por el pelo, como si se tratara de un caniche y no de una mujer. Con un cariño de manual para principiantes. Con la misma ignorancia provocativa y flagrante con que trataba a su amante. Su amante—qué bien sonaba—, ese gran secreto que tenía consigo mismo. También a ella le daba consejos y palabras de alivio o de agasajo. La prepotencia no es sino el reverso de una rusticidad saneada.

Se tenía por un gran compañero, por un gran amante. También por un gran padre. Se destrozaba el cuello acarreado a Pablito sobre los hombros, por la calle, en las aglomeraciones de gente, los fines de semana. Lo había llevado también a las manifestaciones. Y es que Emilio era de tendencia izquierdosa, así se definía. Odiaba a todos aquellos que se ponían de parte de los poderosos. Aunque también

odiaba a los seres marginales que se salían del sistema. Jamás habría reconocido que los odiaba, porque eso sería contrario a su ideología—con lo orgulloso que estaba él de su ideología—, pero le provocaban una gran desconfianza. No los comprendía. No comprendía por qué ciertos seres preferían el aislamiento, por qué se quedaban en un rincón en absoluto silencio, por qué se amargaban a la sombra. Por qué rehuían sistemáticamente toda compañía—o, mejor dicho, *su* compañía. Él no habría sabido estar solo. Jamás. Necesitaba compartir sus cosas. La música, los libros, las ideas. Según él, era un filántropo. Según los demás, a poco que lo trataran, un niño crecido e inseguro con una coraza de falsa, prepotente y ciega seguridad.

Que fuera con cuidado Emilio, porque, allí donde su pezuña con pretensiones de mano encontraba una piel excitable y propicia, un día podía encontrar una ciénaga emponzoñada, llena de trampas espinosas.

Julia habría querido que la fragancia de Emilio perdurara en ella como el rastro de lo anómalo o lo raro, de lo tullido adorable, el orgullo precario de un pájaro exótico que llevara una gris existencia de gorrión. Pero lo cierto es que llegó a aborrecerlo tanto, a él y su modo de engañarse, de venderse y de fracasar en ese empeño, que le perdió el respeto y se lo perdió a sí misma, por ser débil y ceder ante sus ridículas instancias de amante desechado.

Emilio habría querido que su fragancia perdurara en ella como el rastro del héroe que luchaba en dos frentes, a saber, el de la cotidianidad doméstica y el de la aventura apasionada. Todo bien homologado. Cuando su amante lo expulsó de su vida, Emilio decidió no guardarle rencor. No caer en la vulgaridad. El orgullo es

mezquindad, se dijo acompañándose con un gesto mental de nobleza. Y con esta consigna, propia de los grandes, volvió a su casa de 120 metros cuadrados, amueblada entre otras cosas con una mujer familiar, culta y concienzuda, y un hijo que afortunadamente no había heredado sus rasgos. Las mujeres siempre son lo mismo, se repetía. Al fin y al cabo, no valía la pena arriesgar su matrimonio por una chica desnaturalizada e ignorante como Julia. Había que ser cauto; es sabido que las mujeres gustan de coartar la libertad del hombre. Son por naturaleza más conservadoras. Encarna jamás le habría perdonado una infidelidad y él no sabía estar solo.

Ese sábado cualquiera en que expiró su vida clandestina, Emilio volvió a su casa con la cabeza gacha y enjugándose las lágrimas que ya amenazaban con erosionar sus carnosas mejillas, colgó la gabardina en el perchero, le dio un beso casto y asustadizo a su mujer y se dispuso, como de costumbre, a realizar su parte de las tareas.

—Según parece, sigue cumpliéndose su destino—ironizó Rick desde el espejo.